

MAQUIAVELO - SAAVEDRA FAJARDO

Por GONZALO RESTREPO JAAMILLO

Si en todo tiempo conviene estudiar el pensamiento político de quienes han escrito sobre el estado, aún más en los de hogaño, cuando la inquietud universal y el descontento con las formas de gobierno convierten el estudio en tema de actualidad.

Esto nos mueve a intentar el paralelo entre dos escritores de muy distinta popularidad, pero de igual interés: el florentino Nicolás Maquiavelo y el español Diego Saavedra Fajardo.

Nació Maquiavelo en 1469 y murió en 1527. Fue contemporáneo de personajes famosos como Savonarola, los Médicis, Rodrigo y César Borgia, Martín Lutero, Fernando el Católico, o sea que vivió época de trascendental interés, cuando ocurrieron la Reforma Protestante, la expulsión de los moros de España y el descubrimiento de América. Fue testigo y actor del Renacimiento. Tuvo altas y bajas en su vida política: secretario de Florencia en una época, sufrió también persecuciones y torturas, desempeñó veintitrés misiones diplomáticas y acabó reconciliado con los Médicis. Escribió versos, historia y comedias, pero su principal fama la deriva de su tratado "El Príncipe", libro de consejos al tirano para la conservación y aumento de su señorío. Por una de tantas paradojas como ocurren en este pícaro mundo, mereció el honor de que lo refutara Federico el Grande, en quien si hubiera sido su contemporáneo habría reconocido Maquiavelo el prototipo del Príncipe mucho mejor y afortunado que su favorito César Borgia.

Diego Saavedra Fajardo nació en 1584 y murió en 1648. Español de buena cepa pasó la mayor parte de su vida útil fuera de España, primero en Roma como secretario de un cardenal y luego en constantes viajes a través de Europa al servicio diplomático de su patria, regida entonces por Felipe IV. No le correspondió luchar por la España poderosa de los Reyes Católicos y Carlos V, sino por la ya decadente de sus nietos. Esto explica por qué, a pesar de su patriotismo, su habilidad y su talento no pudo prestar servicios deslumbrantes, logrando apenas evitar mayores males y paliar los desastres que

amenazaban a su tierra. Murió cristianamente, recogido durante sus últimos años en uno de los claustros madrileños.

Tocóle la misma suerte del Conde - Duque de Olivares, quien gastó su gran talento y su inmensa capacidad de trabajo en la imposible empresa de mantener un imperio que ya no tenía la fuerza intrínseca necesaria para conservar su predominio mundial.

Con razón escribe algún comentarista que Maquiavelo es uno de los escritores más citados y menos leídos.

Al rededor del florentino se creó la leyenda literaria. Para el común de las gentes es tipo perfecto de perversión política, de astucia sin escrúpulo y mal consejero. Su propio nombre entró a los idiomas modernos tocado de perversidad, pues maquiavélica se llama la política sin moral, tortuosa, disimulada y fatídica. Para los demagogos sin principios filosóficos ser maquiavélico es timbre de orgullo que reemplaza las cualidades del estadista por las del arribista.

La verdadera posición de Maquiavelo en la filosofía política no puede juzgarse sin estudiar las circunstancias que rodearon su vida, el medio ambiente y la convulsa situación de Italia.

Ante todo Maquiavelo, como Dante, es gran patriota italiano. Afligidos ambos al ver a la antigua señora de las gentes convertida en el campo de lucha de las ambiciones de Francia, España, el Sacro Imperio y los mismos príncipes de la península, soñaron en reconstruir la unidad de Italia y devolver a su patria el antiguo esplendor.

Poeta y de criterio universal Dante no entró en los pormenores y medios prácticos que desvelaron al florentino, pero acarició el mismo ideal.

Maquiavelo es hijo del Renacimiento. Tuvo su inteligencia, sus vicios y sus defectos. Vivió cuando el puñal, el veneno y la traición formaban parte del arsenal corriente de reyes y de príncipes. Vivió presenciando invasiones, alianzas absurdas, traiciones desvergonzadas. Le correspondió la época en que los Estados Pontificios se dedicaron a la política militante. Alejandro VI y Julio II provocaron su admiración, no como cabezas de la Iglesia sino como posibles conquistadores.

Maquiavelo es ante todo utilitarista. Para él son buenos todos los métodos que puedan asegurar la unidad de Italia.

Siguió y admiró a César Borgia, cuando creyó que el Duque podría lograrla pero lo abandonó en su fracaso final. Atribuyó a Savonarola verdaderos chispazos geniales, pero acabó condenándolo simplemente porque el terrible fraile perdió la partida. Miró por último a los Médicis porque consideró que fracasados Savonarola y César aquellos podrían realizar su ideal italiano.

En Maquiavelo no hay principios morales. Sólo hay fines. Para él ningún príncipe está obligado a cumplir su palabra, ni a respetar los tratados cuando desconocer la una y violar los otros le conviene. Debe ser cruel e implacable pero sólo hasta el límite de no comprometer el éxito; desleal y astuto, protector de sus validos pero sin permitir que se engrandezcan.)

En realidad nada nuevo hay en la obra del florentino sino el haber reducido a sistema políticas conocidas desde la alborada de la

historia y que seguirán empleándose hasta el final de los tiempos. Hitler practicó y escribió con respecto a los tratados públicos la misma doctrina —o falta de doctrina— de Maquiavelo. Don Fernando El Católico, si bien no recurrió al veneno y al asesinato como César Borgia, no tuvo en cambio empacho para jugar juego doble y obtuvo fama de ser el más astuto de los monarcas de su época. También para justificar sus fechorías políticas inventó el grandioso pretexto de unir la cristiandad.

Si se compara la tesis de Maquiavelo con lo que más adelante se convirtió en doctrina científica, se encuentra que el florentino es el antecesor auténtico de Darwin en su teoría de la lucha por la vida y la supervivencia de los más fuertes. Toda la política de "El Príncipe" coincide con la descripción de Darwin y lo único que habría que cambiar serían los términos usados en el siglo XV por los que estuvieron de moda en el XIX.

(Falla esencial en la obra de Maquiavelo, es su pesimismo. Parte del principio de que los hombres son inevitablemente malos y obran por motivos perversos. Si se acepta su tesis la conducta del Príncipe es simplemente acto de defensa contra la maldad humana, aun cuando ese acto consiste en que El Príncipe sea más eficiente en ella que sus propios enemigos. Puede decirse que nos encontramos en frente de un postulado materialista, por más que Maquiavelo no lo sea, porque la supresión de todo factor moral lleva inevitablemente a consecuencias materialistas. Maquiavelo no se preocupa por la moral sino únicamente por los resultados de la acción.)

Más tarde ese pesimismo del florentino fue resumido por un pensador inglés en el famoso apotegma: "Homo Hominis Lupus".

Si se parte de la base de que en política debemos atender únicamente a los malos instintos del hombre, El Príncipe de Maquiavelo es de indiscutible utilidad. Pero ese pesimismo no se justifica por el estudio de la naturaleza humana ni por las enseñanzas de la historia. Los principados durables y permanentes, las grandes revoluciones, los decisivos adelantos sociales nacidos de la política, no se lograron apelando a los malos instintos sino a los buenos. Los pueblos se mueven cuando se les predica algo moralmente recomendable como la justicia, la libertad, la igualdad o la fraternidad. Muchas veces las revoluciones faltan a sus promesas pero el sentimiento popular se funda en ellas. El hombre comete crímenes pero no es fundamentalmente criminal ni organiza su vida, colectivamente hablando, para el crimen.

El concepto que Maquiavelo tiene del Príncipe es excesivamente absolutista y personal. Se anticipa al concepto del Héroe de Carlyle que hace girar la historia no alrededor de los pueblos sino de los caudillos. Para Maquiavelo ese pueblo no existe sino a duras penas como guardaespaldas del soberano. Aconseja a éste que lo mantenga contento y no le robe ni sus bienes ni sus mujeres, pero el consejo no lo dá para beneficio del pueblo sino exclusivo del autócrata. Es la misma filosofía que produjo el conocido refrán anglosajón de que no se deben despertar los perros dormidos.

En Saavedra Fajardo, el autor de "Empresas Políticas", hay un concepto mucho más democrático del pueblo y de los deberes del

gobierno, pues El Príncipe de Saavedra está obligado a velar por el bien público y no por su propio bien. Las citas tan frecuentes que hace de las antiguas leyes españolas, principalmente las de Don Alfonso El Sabio, mantienen el principio de la autoridad absoluta del soberano, en la afirmación de que el imperio no puede dividirse, pero establecen también que el soberano existe para el bien del pueblo. Muy posiblemente influyó en Saavedra la obra del Padre Juan de Mariana, en cuanto se refiere a los derechos del pueblo y los deberes del soberano. Basta citar los siguientes principios fijados por el ilustre jesuita: Sostiene que el pueblo es naturalmente sociable y que sólo después de nacida la sociedad puede crearse el poder. El Rey debe estar en continuo roce con sus vasallos, buscar entre ellos defensores y consejeros y ver por sus propios ojos sus necesidades. Alterar el valor de las monedas es injusto. Proclama la libertad del pueblo, diciendo que no hay razón alguna para que nos mandemos unos a otros y que si necesitamos alguien que nos gobierne, nosotros somos los que debemos darle el empleo, no él quien debe imponérselo con la punta de la espada.

Entre estos dos escritores, el castellano y el florentino no hay mera diferencia de temperamento individual, sino profunda distancia filosófica. Saavedra Fajardo es un político cristiano, de la misma escuela de Suárez y Mariana, en quien rige el concepto de que el soberano no es un privilegiado de la suerte sino un padre de familia, responsable de la suerte de sus hijos. En cambio en Maquiavelo domina la idea pagana resucitada por el Renacimiento, que hace del héroe el centro de la sociedad. En Saavedra Fajardo la felicidad del Príncipe depende de la de los súbditos; en Maquiavelo lo esencial es la felicidad del Príncipe, que ocasionalmente puede beneficiar a sus vasallos.

Para comprender la diferencia de los dos escritores es preciso reconocer que poseen concepciones diametralmente opuestas sobre la naturaleza del Estado: pagana en Maquiavelo, cristiana en Saavedra. El primero habla sólo del Príncipe y al nombrarlo confunde en su persona al Estado con su representante o soberano. El bien del príncipe, la felicidad del príncipe, el triunfo del príncipe son para el florentino los del Estado. Por ninguna parte aparece el interés de la comunidad, el bien público entendido como el de la mayoría de los habitantes. Es posible que estos al fin y al cabo se beneficien con la fortuna del príncipe o sufran con sus reveses, pero esto ocurre apenas consecuentemente. Al florentino lo domina el viejo concepto romano de la nación encarnada en el imperator, grande, poderosa, dominadora y rica, pero como organización estatal y no como sociedad de hombres. Las normas del derecho civil romano tenían por objeto mantener la tranquilidad interna, es decir evitar anarquías domésticas que ataran la mano de los conquistadores internacionales. A la plebe se le daba trigo, no para hacerla feliz sino para que no promoviera revoluciones. Con el circo se saciaban sus feroces instintos. Pero antes de la llegada del cristianismo no aparece por ninguna parte la idea de la felicidad colectiva, el deber del Estado de velar por el bienestar de sus súbditos. El culto a la grandeza de Roma substituía las ansias individuales de ventura. El legionario moría valerosamente bajo las fle-

chas de los partos o la espada de los germanos, no para defender el fuego sagrado de su hogar y sus derechos de criatura humana, sino para que la Señora de las Gentes aumentara día a día su gigantesco senorio.

Saavedra en cambio, desde el título de su obra está saturado del concepto cristiano. Da consejos a "un príncipe cristiano", no a cualquier príncipe. Considera al soberano como el padre de familias del pueblo. No le asigna jerarquía intrínseca de dominio, dignidad personal de magnate sino obligación de pastor, deberes de piloto. En Saavedra el príncipe está hecho para el pueblo, no el pueblo para el príncipe.

En realidad esos dos conceptos encarnan la lucha milenaria que divide a los hombres desde las primeras épocas de la organización del estado: el criterio sobre la función y los límites de la autoridad pública.

El español considera la soberanía del monarca mucho más como deber que como derecho. Está a la cabeza de la comunidad para servirla, no para servirse. Está obligado a gobernar únicamente para el bien de los suyos. Su potestad no es suprema y debe correr sobre carriles preestablecidos. Pueden citarse centenares de pasajes en las empresas en que estos conceptos aparecen con meridiana claridad. Pero Saavedra no se contenta con limitar el imperio, sino que impone a quien lo ejerce deberes especiales. Los vicios del príncipe son para él mucho más graves que los del particular, porque corrompen a la comunidad con el mal ejemplo. Ejercido conforme a las normas de Saavedra, el gobierno tiene más sacrificio que disfrute. El monarca, como el capitán de los navíos, es el último que puede abandonar el barco.

No debe pedirse a un hombre de su tiempo el desarrollo completo de la doctrina hasta llegar a formas prácticas como la democracia representativa. Todo hombre es hijo de su época. Pero sí encontramos en su obra la esencia del buen gobierno, cualquiera que sea el sistema que lo rijan: el bien del pueblo. Tributos, leyes, guerras sólo pueden establecerse y usarse dentro de esa perspectiva. Lo que de ella se sale es abuso, despotismo, tiranía.

Saavedra no solo sigue a los teólogos de su patria, sino también la tradición histórica española. La monarquía no fue en España despótica sino absolutista, en el sentido de que en el monarca se concentraba la autoridad, pero no para su capricho. Ese absolutismo fue en su esencia democrático, pues contaba con el apoyo indudable del pueblo, apoyo más claro y espontáneo que el que suelen dar los modernos comicios. Toda la literatura clásica confirma nuestra afirmación. España quería rey y amaba al rey. El pueblo se veía en el monarca y su "sacra y real majestad" era la encarnación de la patria. Esa situación perduró hasta los tiempos de Fernando VII, cuando la infiltración de las ideas de la Revolución Francesa cambió el concepto tradicional y socavó las bases seculares. Pero conviene recordar que aún entonces la mayor parte del pueblo siguió siendo realista —hasta en las colonias— y que ni siquiera la infeliz persona de Carlos IV pudo destruir totalmente el prestigio de la monarquía popular. El motín

de Aranjuez se hizo contra Godoy, el valido, no contra Carlos, el monarca.

En tiempos de Saavedra y Fajardo dominaba aún el viejo espíritu que animó a España en tiempos de Carlos I y de Felipe II. El rey era la autoridad del estado, pero autoridad paterna] y llena de obligaciones.

En cambio, el príncipe de Maquiavelo se identifica con el estado pero está por encima del pueblo. En España pudieron identificarse rey y pueblo pero no estado y rey, que es lo peligroso.

Aun cuando la palabra no se usaba en su tiempo, Maquiavelo fue totalitarista. Quizás el inteligente secretario habría protestado contra el cargo, pero las consecuencias de las doctrinas van más lejos que la voluntad de sus expositores. A Maquiavelo le importaba la prosperidad de César Borgia como Borgia sino como príncipe, es decir como encarnación del poderoso estado italiano con que soñaba. La traición, la violencia, el engaño, el asesinato no los justificaba para que el Duque Valentino fuera personalmente más feliz sino para la grandeza del Estado. La tesis tendría que evolucionar fatalmente hasta encontrar su plena realización en los totalitarismos contemporáneos, pero estaba virtualmente comprendida en el pensamiento del Príncipe. Duce, Führer, secretario soviético del partido son descendientes seleccionados pero legítimos del concepto florentino. Naturalmente, Maquiavelo no llega a la perfección moderna de la tesis totalitarista, ya que en el campo del espíritu como en el de los inventos físicos hay siempre un principio de partida y un proceso de evolución y perfeccionamiento. Maquiavelo vivió en un mundo demasiado cristiano todavía para llegar a la culminación filosófica del totalitarismo. Exaltó la persona del Príncipe y encarnó en él al Estado pero no fue más allá.

El paso final lo dieron los totalitaristas modernos. Ellos no solo otorgan poderes absolutos al soberano, sino que niegan toda posibilidad de límites a ese ejercicio. La diferencia aparentemente sutil es esencial. El déspota puede serlo en el sentido de que no reconozca ninguna autoridad superior a la suya, ni la necesidad de órganos moderadores, pero puede ejercerla dentro del límite jurídico que la encamina al bien de la comunidad. En cambio, el totalitarismo absoluto no reconoce tales límites sino que rige el estado por encima de cada uno de sus súbditos y de todos ellos reunidos, trastornando así el concepto cristiano de que la sociedad civil existe para la perfección del individuo y de la familia.

En otros tiempos éstas lucubraciones podían considerarse como simples ejercicios de filosofía política; pero en los que vivimos tienen aplicación práctica y terrible sobre la vida y la felicidad de los hombres. En realidad, lo que discute hoy el mundo atormentado y amedrantado es si existe un derecho intrínseco que debe ser obligatoriamente respetado por la autoridad, cualquier clase de autoridad, o si es la autoridad totalitaria la que crea el derecho conforme al ejercicio de una única y exclusiva voluntad. El primer concepto implica el respeto de la dignidad humana; el segundo lleva a la dictadura soviética. Libertad y dictadura no son teorías sino hechos físicos que influyen materialmente sobre la felicidad o la infelicidad de la vida.

Ya dijimos que Maquiavelo se habría escandalizado al ver que se le achacan consecuencias superiores a su pensamiento, pero lo que ocurre es que quien sienta principios tiene que someterse a su fatal evolución. Es lo mismo que ocurrió con la duda de Descartes en el sentido de discusión filosófica y con la proclamación de los Derechos del Hombre en el sentido de la acción política. Ni la duda ni la proclamación podían quedarse en su etapa inicial: de Descartes creyente y católico se saltaría fatalmente al materialismo; de la proclamación de los Derechos del Hombre se pasaría también fatalmente a formas de organización política que lo reconocieran y lo garantizaran.

Por eso, el Príncipe de Maquiavelo estaba destinado a culminar y culminó en el estado totalitario.

Por qué siendo tan superiores para la felicidad de los pueblos los principios morales de Saavedra Fajardo a los consejos de Maquiavelo, son tan poco conocidos los primeros y tan populares los segundos?

Tres razones, explican el fenómeno. Por una parte España ha tenido lo que los norteamericanos llaman "una mala prensa" es decir le ha faltado propaganda internacional. La decadencia del poderío político de España coincidió con la difusión protestante y con la hegemonía inglesa y naturalmente sus enemigos la condenaron al silencio. Si era imposible abrumar con él obras como el Quijote o La Vida es Sueño, era fácil verterlo sobre otras menos importantes. Gracián, por ejemplo, vivió olvidado hasta que los alemanes lo resucitaron en el siglo XIX. A Saavedra Fajardo todavía no le ha sonado la hora de la resurrección.

En segundo lugar, Maquiavelo es superior a Saavedra desde el punto de vista literario. El florentino es directo, preciso, no diluye la idea principal entre consideraciones secundarias. Mantiene sin cansarlo la atención del lector. El español en cambio, por más que domine su idioma y casi siempre lo use con elegancia hasta merecer el calificativo de autor clásico, es ampuloso, difuso, fatigante. Adolece de la enfermedad de las comparaciones tontas y las citas continuas y profusas, mal de muchos literatos peninsulares que culminó en los innumerables latinajos del Obispo de Mondoñedo, Cristóbal de Figueroa, quien al decir de los críticos, no solo abusaba de las citas sino que las inventaba. Saavedra Fajardo ganaría mucho si alguien hiciera el resumen de sus Empresas.

La tercera razón de la popularidad de Maquiavelo reside precisamente en que da malos consejos. Las gentes van con más gusto al teatro satírico que a los austeros ejercicios espirituales y buscan con morboso interés la justificación de los asesinatos de César Borgia, en tanto que se hastían con los justicieros preceptos de Don Alfonso el Sabio. Es muy probable que el número total de los lectores de la Guía de Pecadores de Granada sea mayor que el de los asiduos de Bocaccio. Pero es también probable que entre intelectuales y políticos son más los que leen el Decamerón. Por eso el público de Maquiavelo estuvo siempre asegurado. La maldad humana se deleita al encontrar que Maquiavelo disculpa y aún exalta muchas de sus manifestaciones.

La tesis de Maquiavelo no solo llamaron poderosamente la atención desde que las entregó al público, sino que no pasó inadverti-

do su carácter letal, su tremenda peligrosidad como hoy se dice. Cuando el mundo europeo buscaba formas de libertad política y se iniciaba el proceso que poco a poco llevaría a los gobiernos democráticos, el Príncipe era el clarinazo que convocaba a los enemigos de tales cambios. Bien lo comprendió Saavedra Fajardo y por eso lo emprendió abiertamente contra el florentino a quien llama Macavelo. Véanse, por ejemplo sus Empresas XVIII y XLIII. La primera se dedica casi íntegramente a la refutación del florentino, cuya naturaleza comprendió claramente como lo demuestra la siguiente cita: "No solamente quiso Macavelo que el Príncipe fingiese a su tiempo virtudes, sino intentó fundar una política sobre la maldad, enseñando a llevarla a extremo grado..." En la segunda habla de "los extremos de Macavelo" acerca del disimulo. Educado en severa filosofía católica, no podía Saavedra tolerar la desvergonzada enseñanza del famoso secretario.

Ambos escritores murieron desilusionados (Maquiavelo dejó en vez de la poderosa y unida con que soñaba, una Italia anarquizada, disgregada, campo de batalla de potencias extranjeras, compelida a esperar cuatro siglos más de angustia antes de lograr la ansiada unidad. No encontró el príncipe que pusiera en práctica sus consejos, y de haberlo hallado tampoco habría podido tal sujeto superar el cúmulo de fuerzas que se oponían a su obra ni vencer las circunstancias históricas y sociales que limitaban su acción. Ni la violencia ni la astucia pueden adelantar el reloj pausado de los tiempos.) Saavedra Fajardo asistió al crepúsculo del Imperio Español al que no salvaron ni sus talentos diplomáticos, ni sus consejos de gobierno, ni la tremenda laboriosidad del Conde Duque de Olivares. Los tesoros de América no lograban ya sostener el empeño continental de España, y los famosos y antes invencibles tercios no podían resistir el huracán de hierro que franceses, suecos y holandeses desataron en su contra. La victoria de Nordlingen encendió los últimos arreboles que precedieron a la noche definitiva de la derrota de Rocroi.

En cambio, más duraderas que las cambiantes realidades políticas, permanecen las enseñanzas de los dos filósofos. Las de Saavedra, ásperas, frías, mesuradas como todo consejo de buen juicio, marcan aún el derrotero a gobernantes honestos que comprenden y practican la misión sublime del estado. Las de Maquiavelo, brillantes, tentadoras y atractivas como seducción de cortesana, siguen hablando el idioma de la serpiente al oído de todos los tiranos.

Entre las innumerables que podríamos acomodar, escogemos unas pocas citas de Maquiavelo y de Saavedra Fajardo, que sirven para ilustrar nuestros puntos de vista.

De Maquiavelo:

Para poseerlos seguramente (los Estados) no hay más que exterminar la familia del Príncipe que los dominaba.

Por consiguiente, el usurpador de un estado debe cometer de una vez todas las crueldades que su seguridad requiera para no tener que volver luego a ellas.

Tampoco debe temer (El Príncipe) incurrir en infamia por los vicios que son necesarios para la conservación del Estado, porque, considerándolo bien, tal cosa que parezca virtud, podría perderle, si la practicase; y otra que parezca vicio, puede ser la causa de su seguridad, y de su dicha.

Así (El Príncipe) debe parecer clemente, fiel humano, religioso e íntegro; más ha de ser muy dueño de sí para que pueda y sepa ser todo lo contrario llegado el caso.

De Saavedra Fajardo:

Saavedra cita al rey Don Alfonso en la ley 12 de las Partidas cuando exige que los ayos de los hijos del Rey sean "de buen linage, e bien acostumbrados, e sin mala saña, e sanos, e de buen seso, e sobre todo que sean leales, derechamente amando el pro del Rey e del Reyno".

Esta buena educación es más necesaria en los príncipes que en los demás, porque son instrumentos de la felicidad política y de la salud pública.

Lo primero que ha de enseñar el maestro al príncipe es el temor de Dios.

En su retrete solía enojarse Carlos V, pero no cuando representaba la persona del emperador. Entonces más es el príncipe una idea de gobernador que hombre; mas de todos que suyo.